

EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS (a).

AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de vucelencia van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva vucelencia para honra de nuestra edad.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

(a) Acabó de escribir QUEVEDO este *Sueño* á 3 de abril de 1607, á los veinte y siete años de su edad, segun nota de su sobrino don Pedro Aldrete, que dice Castellanos haber tenido á la vista. (Edición de Madrid, 1840.)

Censuráronle á 1.º de julio de 1610 fray Antolin Montojo, del orden de predicadores; y á 30 de julio de 1612, el franciscano fray Antonio de Santo Domingo: aquel adversa, este favorablemente.

Publicáronle por vez primera, junto con los otros, las prensas de Barcelona, en 1627; y el mismo año, con algunas variantes, las de Zaragoza; y dos despues, con grandes alteraciones, las de Madrid.

Intitulóse primero *El sueño del Juicio final*, y ya desde 1629 como arriba estampamos. Hemos tenido presentes para nuestra impresion, la de Pamplona, de 1631; la de Barcelona (Lorenzo Deu), 1633; la de Madrid (Diaz de la Carrera), 1648; las mas importantes colecciones de la última mitad de aquel siglo, y un precioso manuscrito de la biblioteca Colombina (Aa., 141, 4), letra de la primera década del siglo xvii.

Al margen de las primeras ediciones se ven distribuidas las personas que entran en el *Sueño*; y por su orden son las siguientes:

Escribano, avariento, escribanos, mercaderes, mujeres hermosas, casada, ramera, médico, juez, abogado, tabernero, sastre, salteadores, capeadores, la locura, poetas, enamorados y valientes, judíos, filósofos, procuradores, desgracias y peste y pesadumbre (contra los médicos), Adán, reyes, Heródes, Pilátos, maestros de esgrima, dispenseros, pasteleros, filósofos, poetas, Orfeo, avariento, y cómo guarda los diez mandamientos; ladrones, escribanos, Judas, Mahoma, Lutero, médico, boticario, barbero, abogado, cómico, taberneros, sastres, ginoveses, caballero, sacristan, adúltera, Judas, Mahoma, Lutero, alguaciles, corchetes, astrólogo, letrado, escribano, alguaciles, avariento, médico, boticario.

DISCURSO.

Los SUEÑOS dice Homero que son de Júpiter y que él los envía; y en otro lugar, que se han de creer. Es así, cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó las sueñan reyes y grandes señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos:

*Nec tu sperne piis venientia somnia portis.
Quam pia venerant somnia, pondus habent.*

Dígolo á propósito que tengo por caído del cielo uno que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fué causa de soñar que veía un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun por sueños), le hubo en mí por la razon que da Claudiano en la prefacion al libro segundo del *Rapto*, diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de día. Y Petronio Arbitro dice:

El canis in somnis leporis vestigia latrat.

Y hablando de los jueces:

El pavido cernit inclusum corde tribunal.

Parecióme pues que veía un mancebo que, discurrendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosu-

ra. Halló el són obediencia en los mármoles, y oídos en los muertos; y así, al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fué breve), vi á los que habian sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra; á los avarientos, con ansias y congojas, recelando algun rebato; y los dados á vanidad y gula, con ser áspero el són, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocia yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Despues noté de la manera que algunas almas huían, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: á cuál faltaba un brazo, á cuál un ojo; y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas ni los miembros de los vecinos. Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que vi á un escribano que no le venía bien el alma y quiso decir que no era suya por descartarse della. Despues, ya que á noticia de todos llegó que era el día del juicio, fué de ver cómo

los lujuriosos no querian que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los maldicientes las lenguas; los ladrones y matadores gastaban los piés en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, vi á un avariento que estaba preguntando á uno (que por haber sido embalsamado y estar léjos sus tripas no hablaba, porque no habian llegado) si habian de resucitar aquel día todos los enterrados, si resucitarian unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara á otra parte el afan con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oír lo que esperaban; más solos fuéron sin ellas los que acá las habian perdido por ladrones; que por descuido no fuéron los más. Pero lo que más me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habian vestido las almas del reves, y tenian todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veía todo esto de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis piés que me apartase; y no bien lo hice, cuando comenzaron á sacar las cabezas muchas mujeres hermosas, llamándome descortés y grosero porque no habia tenido más respeto á las damas (que aun en el infierno están las tales y no pierden esta locura). Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luego, conociendo que era el día de la ira, y que lá hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos más entretenidos. Una que habia sido casada siete veces iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra dellas, que habia sido publica ramera, por no llegar al valle no hacia sino decir que se le habian olvidado las muelas y una ceja, y volvía y deteníase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fué tanta la gente de los que habia ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndole que aquella no era gente de cuenta aun en aquel día. Divirtióme desto un gran ruido que por la orilla de un rio venía de gente en cantidad tras un médico, que despues supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que habia despachado sin razon ántes de tiempo, y venian por hacerle que pareciese, y al fin, por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo habia sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacia muchas veces. Lleguéme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios se las habian untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legion de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traían á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros, que de miedo se hacian sordos; y aunque habian resucitado, no querian salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza y preguntóles que adónde iban; y respondiéronle: «Al tribunal de Radamanto;» á lo cual, metiéndose más adentro, dijo: «Esto me ahorrará de andar despues, si he de ir mas abajo.» Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo: «Harto

es que sudeis el agua, y no nos la vendais por vino.» Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacia sino decir: «¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre?» Y los otros le decian (viendo que negaba haber sido ladron) qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luego los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podian entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros; y al fin, juntos llegaron al valle. Tras ellos venía la locura en una tropa, con sus cuatro costados, poetas, músicos, enamorados y valientes, gente en todo ajena deste día: pusieronse á un lado (1). Andaban contándose dos ó tres procuradores las caras que tenian, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaradamente. Al fin vi hacer silencio á todos (2).

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros; el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos, de los hombres (3). Algunos amenazaban al que les enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos: los piadosos, en qué gracias le darian, cómo rogarian por sí, y los malos, en dar disculpas. Andaban los procuradores mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenian que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjas y procesos. Al fin, todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta tan angosta, que los que estaban á puros ayunos flacos aun tenian algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decía la peste que ella los habia herido; pero que ellos los habian despachado. Las pesadumbres, que no habian muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las desgracias, que todos los que habian enterrado habian ido por entrambos. Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos; y así, aunque los necios decian que ellos habian muerto más, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto con su arancel, y en nombrando la gente, luego salía uno

(1) donde se estaban mirando los sayones judíos y los filósofos. Decían juntos viendo á los sumos pontífices con sillas de gloria: «Diferentemente se aprovecharon de las narices los papas que nosotros, pues con diez varas de ellas no olimos lo que teníamos entre manos.» (MS. de la Biblioteca Colombina.)

(2) Hacíale tambien un silenciero de catedral, dando tales golpes con su baston, que acudieron á ellos más de mil calóndrigos, no pocos racioneros, y hasta un obispo, un arzobispo y un inquisidor, trinidad que se arañaba por arrebatarle una buena conciencia que acaso andaba por allí distraida buscando á quien le viniese.

La censura tachó en 1642 este párrafo que nunca llegó á imprimirse. Castellanos lo publicó entre sus notas en la edición ilustrada que salió de la imprenta de Mellado en 1840.

(3) Los hombres unos tenían los ojos en Dios, y otros en sí mismos. Cuál miraba á la tierra, y cuál amenazaba al que le enseñó con sus malas costumbres y mal ejemplo. (MS. Colomb.)

dellos y en alta voz decía: «Ante mí pasó á tantos de tal mes», etc. (1).

Pilatos se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver cómo se entran algunos pobres entre media docena de reyes que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse (2). Llegó en esto un hombre desahogado lleno de ceño; y alargando la mano, dijo: «Esta es la carta de exámen.» Admiráronse todos: dijeron los porteros que quién era; y él en altas voces respondió: «Maestro de esgrima examinado (3) y de los más diestros del mundo;» y sacando unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronse en el suelo por descuido los testimonios, y fuéron á un tiempo á levantarlos dos furias y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asille y metelle dentro; y él, retirándose, alargó el suyo, y dando un salto, dijo: «Esta de puño es irreparable, y pues enseño á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasaran por médicos malos: si me quereis probar, yo daré buena cuenta.» Riéronse todos, y un oficial algo moreno le preguntó qué nuevas tenía de su alma (4). Pidiéronle no sé qué cosas, y respondió que no sabía tretas contra los enemigos della. Mandáronle que se fuese; y diciendo: «Entre otro,» se arrojó. Y llegaron unos despenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venía la trulla, dijo un ministro: «Despenseros son;» y otros dijeron: «No son;» y otros: «Sison;» y dióles tanta pesadumbre la palabra sison, que se turbaron mucho. Con todo, pidieron que se les buscara su abogado, y dijo un verdugo: «Ahí está Júdas, que es apóstol descartado.» Cuando ellos oyeron esto, volviéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron: «Nadie mire, y vamos á partido, y tomamos infinitos siglos de fuego.» El verdu-

(1) Comenzó la cuenta por Adán, y porque se vea si iba estrecha, hasta de una manzana le pidieron cuenta tan rigorosa, que le oí decir á Júdas: «Qué tal la daré yo que le vendí al mismo dueño un cordero?»

Pasaron todos los primeros Padres, vino el Testamento nuevo, pusieron en sus sillas al lado de Dios los apóstoles todos con el santo Pescador; luego llegó un diablo y dijo: «Este es el que señaló con toda la mano al que san Juan con un dedo, que fué el que dió la bofetada á Cristo.» Juzgó el mismo su causa, y dieron con él en los entresuelos del mundo. Era de ver etc. (MS.)

(2) Asomaron sus cabezas Heródes y Pilatos, y cada uno conocía en él, aunque gloriosas, sus iras. Decía Pilatos: «Esto merece quien se dejó gobernar por judíos;» y Heródes: «Yo no puedo ir al cielo, pues al limbo no se querrian más (par de mí) los inocentes con las nuevas que tienen de esotros. Ello es fuerza de ir al infierno, que en fin es posada conocida.» (MS.)

(3) «y de los más ahigados hombres del mundo; y porque lo crean, vean aquí el testimonio de mis hazañas.» Y fué á sacarlos del seno con tanta prisa y cólera, que por mostrarlos se le cayeron en el suelo. Luego al punto arremetieron dos diablos y un alguacil á levantarlos; y vi que con mayor presteza levantó el alguacil los testimonios que los diablos. Llegó un ángel y alargó el brazo para asille y meterle; y él retirándose etc. (MS.)

(4) Pidiéronle la cuenta de no sé qué cosas y tretas de su salvación; y él confesó que no sabía ninguna contra los enemigos del alma. Mandáronle que se fuese por línea recta al infierno; á lo cual replicó: que le debían de tener por diestro de los del libro matemático, que él no sabía qué era línea recta. Hicieron-sele aprender, y descendió entre todos. Llegaron haciendo cuenta unos despenseros, y conociéndolos en el ruido con que venían y la trulla, etc. (MS.)

go, como buen jugador, dijo: «Partido pedís? No tenéis buen juego.» Comenzó á descubrir, y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces como venían tras de un malaventurado pastelero no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les había acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen. Dijéronle si quería ser juzgado, y respondió que sí, á Dios y á la ventura. La primera acusación decía no sé qué de gato por liebre; tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos; tanto de oveja y cabra, caballo y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos más animales que en el arca de Noé (porque en ella no hubo ratones ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas y dejólos con la palabra en la boca. Fuéron juzgados filósofos, y fué de ver cómo ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvación. Mas lo de los poetas fué de notar, que de puro locos querían hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides musae*, diciendo que era el nacimiento; más saltó un verdugo, y dijo no sé qué de Mecenas y Octavia, y que había mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traía por ser día de más fiesta: contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como más antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demás, por hacerseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fué preguntado qué quería, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él solo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés; y que así no había sido en vano. Guardar las fiestas: estas, y aun los días de trabajo, guardaba y escondía. Honrar padre y madre: siempre les quitó el sombrero. No matar: por guardar esto no comía, por ser matar la hambre comer. De mujeres: en cosas que cuestan dineros ya está dicho. No levantar falso testimonio: «Aquí, dijo un verdugo, es el negocio, avariento; que si confiesas haberle levantado te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás á tí mismo.» Enfadóse el avariento, y dijo: «Si no he de entrar no gastemos tiempo» (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecía. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Júdas (viendo salvar ladrones), que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusación los verdugos, y no la hacían en los procesos que tenían hechos de sus culpas, sino con los que ellos habían hecho en esta vida. Dijeron lo primero: «Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos.» Y ellos respondieron á voces

(pensando que disimularían algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargo (1), que se acabó en: «Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo.» Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demás dijeron los verdugos: «Ya entienden.» Hicieronles del ojo, diciendo que importaban allí para jurar contra cierta gente (2). Uno azuzaba testigos, y repartía orejas de lo que no se había dicho y ojos de lo que no había sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y vi á Júdas, y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad el uno la bolsa y el otro el zancarrón. Lutero decía: «Lo mismo hago yo escribiendo.» Solo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habían traído, parecieron él, un boticario y un barbero, á los cuales dijo un verdugo que tenía las copias: «Ante este doctor han pasado los más difuntos, con ayuda de este boticario y barbero, y á ellos se les debe gran parte deste día.» Alegó un procurador por el boticario que daba de balde á los pobres; pero dijo un verdugo que hallaba por su cuenta que habían sido más dañosos dos botes de su tienda que diez mil de pica en la guerra, porque todas sus medicinas eran espurias, y que con esto había hecho liga con una peste y había destruido dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció, y el médico y el barbero andaban á daga mis muertes y toma las tuyas. Fué condenado un abogado porque tenía todos los derechos con corcovas, cuando descubierto un hombre que estaba detrás deste á gatas porque no le viesen, y preguntando quién era, dijo que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó: «Farandulero es, señor, y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay.» Juró de irse, y fué sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fuéron acusados de que habían muerto mucha cantidad de sed á traición, vendiendo agua por vino. Estos venían confiados en que habían dado á un hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habían vestido niños; y así, todos fuéron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro: «Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito.» Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro: «Todos los demás hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas estos de lo ajeno y todo.» Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien, pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer quería competir con la misma justicia que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que

(1) unos decían: «Son bautizados y miembros de la Iglesia.» No tuvieron muchos dellos que decir otra cosa. (El expresado MS.)

(2) Y viendo ellos que por ser cristianos les daban más pena que á los gentiles, alegaron que el ser cristianos no era por su culpa, que los bautizaron cuando eran niños, y que los padrinos la tenían. Digo de verdad que vide á Mahoma, á Júdas y á Lutero tan cerca de atreverse á entrar en juicio, animados con ver salvar á un escribano, que me espanté de que no lo hiciesen. Y solo se lo estorbó un médico, porque forzado de los demonios y los que le habían traído, etc. (El mismo).

beben en charco. Traía un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenía cabeza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más señas se llamaba don Fulano á fe de caballero. Rióse un ministro, y dijo: «De codicia es el mancebo para el infierno.» Preguntáronle qué pretendía, y respondió: «Ser salvado;» y fué remitido á los verdugos para que le moliesen; y él solo reparó en que le ajarían el cuello (a). Entró tras él un hombre dando voces, diciendo: «Aunque las doy, no tengo mal pleito; que á cuantos simulacros hay, ó á los mas, he sacudido el polvo.» Todos esperaban ver un Diocleciano ó Neron, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristan que azotaba los retablos; y se había ya con esto puesto en salvo, sino que dijo un ministro que se debía el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuzna, por lo cual habían muerto sin ella; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse; que heredaba en vida las vinajeras, y que tomaba alforzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habían sido devotas de su nombre aquellas; que las amparase. Y replicó un ministro que también fuerón enemigas de su castidad. Si por cierto, dijo una que había sido adúltera; y el demonio la acusó que había tenido un marido en ocho cuerpos; que se había casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola, y iba diciendo: «Ojalá supiera que me había de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras!» En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Júdas, Mahoma y Martin Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Júdas, Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Júdas tanto, que dijo en altas voces: «Señor, yo soy Júdas, y bien conocéis vos que soy mucho mejor que estos, porque si os vendí remedio al mundo, y estos, vendiéndose á sí y á vos, lo han destruido todo.» Fuéron mandados quitar delante; y un abogado que tenía la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron: «Aquí lo damos por condenado; no es menester nada.» No bien lo dijeron, cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se habían engañado, que no había de ser aquel día el del juicio, porque Saturno no había acabado sus movimientos, ni el de trepidación el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo: «Ya os traeis la leña con vos, como si supierades que de cuantos cielos habeis tratado en vida estais de manera, que por la falta de uno solo, en muerte, os iréis al infierno.» «Eso no iré yo,» dijo él: «Pues llevaros han;» y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo

(a) Así reprodujo este pensamiento el autor de *La verdad sospechosa*:

Yo sé quien tuvo ocasión
De gozar su amada bella,
Y no osó acercarse á ella
Por no ajar un canglion.

aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle; y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Lleguéme por ver lo que había, y vi en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tanto leyes como caldos: un escribano, comiendo solo letras, que no había solo querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los

condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento, contando más duelos que dineros; un médico pensando en un orinal, y un boticario en una medicina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho quedar de tan triste sueño más alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vucelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veó, las esperará como las digo.

EL ALGUACIL ALGUACILADO (a).

AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

BIEN sé que á los ojos de vucelencia es más endemoniado el autor que el sugeto: si lo fuere también el discurso, habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras, que amparadas como de dueño, de vucelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrezco este discurso del *Alguacil Alguacilado*: recíbase vucelencia con la humanidad que me hace merced, así yo vea en su casa la sucesion que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido vucelencia que los seis géneros de demonios que cuentan los supersticiosos y los hechiceros (los cuales por esta orden divide Psello en el capítulo 2.º del *Libro de los demonios*) (b) son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman

(a) Su primitivo nombre parece que fué *El alguacil endemoniado y el licenciado calabres*. Este licenciado, á quien de mano maestra pinta QUEVEDO, existió realmente. Llamábase don Genaro Andreini, era capellán del conde de Lemos, y asistía á la parroquia de San Pedro el Real de esta corte. Como viniese en peregrinacion á España con el propósito de visitar el sepulcro de Santiago, en la capital de Galicia le vió un deudo del Conde ahuyentar los demonios; cobróle afición, trájole á Madrid, y en breve el italiano logró fama de estupendo exorcista. Sus conjuros frecuentes y exagerados fanatizaron á la plebe, llegando los escándalos á tal punto, que el Santo Oficio tuvo por último que extrañarle de estos reinos (1).

Dirigió nuestro autor su discurso, escrito en 1607, al conde de Lemos, presidente de Indias: así resalta en los primeros ejemplares. Sin embargo, el código manuscrito, cuya antigüedad sube á los tiempos de Cervantes (joya preciosa que posee la biblioteca Colombina, Aa, 141-4, fol. 37), y otro de la Nacional (M. 198, fol. 53) le muestran dedicado al marqués de Villanueva del Fresno y Barcarota, señor de Moguer. Cuando en 1627 vió la pública luz el libro, proclamó al Presidente por Mecenas; mas dos años adelante reformó QUEVEDO la dedicatoria, enderezándola *A un amigo*. El derecho que á ella tuvieron, no podían ya disputarlo ni el Conde ni el Marqués, muertos ambos en 1622. Pero habiéndosela restituido al Conde el impresor Ibarra en 1772, hemos respetado la posesion en que hoy se encuentra aquel esclarecido ministro.

Esta obrita publicóse con solo el título de *El alguacil endemoniado*, juntamente con los demás sueños, en 1627; y mutilada en varios pasajes, y corregida en otros, se halla entre los *Juguete de la niñez* (1629) en cuya forma sirvió de original á las prensas de España y Flándes hasta fines del siglo anterior.

No hallo que antes de Ibarra hubiese otro impresor reproducido este sueño, libre en alguna parte de lo mucho que suprimieron los censores; y me ha parecido que debo conservar esta mejora, cuyas causas en la edicion de 1772 ignoro completamente, y supongo autorizadas por alguna de las dos ediciones de los *Juguete de la niñez*, publicados en 1629 y 1631 por DON FRANCISCO: ejemplares que hoy no se encuentran en las bibliotecas de que tengo noticia. Ya por las exigencias de la censura, ya por lo mucho que el escritor satírico retocaba sus obras, rara es la que una vez siquiera se reimprimió sin alteraciones.

Para fijar el texto nos han servido las ediciones siguientes: Pamplona, 1631; Barcelona, 1633; Madrid, 1648, 1630, 1638 y 1772; Bruselas, 1660; y otras ménos importantes, como asimismo los manuscritos arriba indicados.

Las figuras que entran en el sueño, y se ven oportunamente distribuidas al márgen en la edicion de Pamplona (1631), son estas, copiadas también las anotaciones por el mismo orden que tienen: «seis géneros de alguaciles malos son como seis géneros de demonios, hipócrita, poetas, poetas de comedias, procuradores, artillero, escribanos, sastre, ciego, enamorados, sepultureros, pasteleros, astrólogos, alquimistas, médicos, mercaderes, ministros malos, necios, aguador, taberneros, mohateros, venteros, enamorados, aduladores, cornudos, enamorados de viejas, pintura de los demonios, sastres, italiano, reyes, mercaderes, ginoveses, jueces, la justicia y la verdad, hurtar, alguaciles, mujeres, mujeres feas se condenan más que hermosas, mujer vieja, lindo y de zapatos blancos, pobres, diablo que predica y por qué.»

(b) *Ex Michale Psello de Daemonibus, interpres Marsilius Fecinus. — Venetiis, M.D.XVI.* El ejemplar que hemos tenido á la vista, de la biblioteca de San Isidro, se ve apostillado acaso por QUEVEDO. La letra se parece á la de sus juveniles años.

(1) Carta de QUEVEDO fecha en 1640. — Archivo de la Inquisicion. — Castellanos, notas de la edicion de Madrid de 1840.

leliureones, que quiere decir ígneos; los segundos, aéreos; los terceros, terrenos; los cuartos, acuátiles; los quintos, subterráneos; los sextos, lucifugos, que huyen de la luz. Los ígneos son los criminales que á sangre y á fuego persiguen los hombres; los aéreos son los soplonos, que dan viento; ácuos son los porteros que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua va*, fuera de tiempo; y son ácuos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucifugos, los rondadores que huyen de la luz, debiendo la luz huir dellos. Los subterráneos, que estan debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, y fiscales de honras y levantadores de falsos testimonios, que debajo de tierra sacan qué acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.

AL PIO LECTOR.

Y si fueres cruel, y no pio, perdona; que este epíteto natural del pollo has heredado de Eneas, de quien decientes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes no escriben, y estos merecen disculpa por haber callado, y alabanza por haberse conocido. Otros, que no comunican lo que saben: á estos se les ha de tener lástima de la condicion y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo por venir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: estos merecen reprehension, pues si la obra llega á manos de hombres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de si mismos? Y si del bueno, no importa, que ya saben todos que no lo entienden. Esta razon me animó á escribir el *Sueño de las calaveras*, y me permitió osadía para publicar este discurso: si le quieres leer, léele; y si no, déjale; que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezares á leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadado. Solo he querido advertirte en la primera hoja que este papel es solo una reprehension de malos ministros de justicia, guardando el decoro que se debe á muchos que hay loables por virtud y nobleza, poniendo todo lo que en él hay debajo la correccion de la Iglesia romana y ministros de buenas costumbres.

DISCURSO.

Fué el caso que entré en San Pedro á buscar al licenciado Calabres, hombre de bonete de tres altos hecho á modo de medio celemin; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos; puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, (1) mangas en escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra, y las manos en garfio; habla entre penitente y diciplinante, los ojos bajos y los pensamientos típles, la color á partes hendida y á partes quebrada, (2) muy tardon en las respuestas y abreviador en la mesa, (3) gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados (4). Hacia del desaliño humildad; contaba visiones, y si se descuidaban á creerle hacia milagros que me cansó.

Este, señor, era uno de los sepulcros hermosos,

(1) rosario en mano, disciplina en cinto, zapato grande y de ramplon, y oreja sorda; habla entre penitente y diciplinante, derribado el cuello al hombro, como el buen tirador que apunta al blanco (mayormente si es blanco de Méjico ó de Segovia); los ojos bajos y muy clavados en el suelo, como el que cudioioso busca en él cuartos; y los pensamientos típles, etc. (Edicion de Pamplona de 1631.)

(2) tardon en la misa y abreviador en la mesa; gran cazador de diablos, tanto que sustentaba el cuerpo á puros espíritus. (La misma y el MS. de la Biblioteca Colombina.)

(3) gran cazador de diablos, tanto que sustentaba el cuerpo á puros espíritus. (Id.)

(4) Trais en la capa remiendos sobre sano; hacia del desaliño etc. (Id.)

por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por dedentro pudricion y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era en buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz. Halléle (5) solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos. «¿Qué es esto?» le pregunté espantado. Respondióme: «Un hombre endemoniado.» Y al punto el espíritu respondió: «No es hombre, sino alguacil. Mirad cómo habláis, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabeis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual, si quereis acertarme, debeis llamarme á mí demonio enaguacilado, y no á este alguacil endemoniado, y avensis mejor los hombres con nosotros que con ellos (6), si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer

(5) en la sacristía. (Edic. de Pamplona de 1631 y el MS. Colomb.)

(6) cuanto no se puede encarecer, pues nosotros huimos de la cruz y ellos la toman por instrumento para hacer mal. ¿Quién podrá negar que demonios y alguaciles no tenemos un mismo oficio? (Id.)